

el hombre supiese cuánto puede cada día merecer, luego al punto que se levantase se llenaría su corazón de grande gozo y contento, porque amaneció aquel día, en el cual puede vivir á Dios nuestro Señor, y con su gracia, para honra y gloria del mismo Dios, aumentar su merecimiento; y aquello le daría fortaleza y vigor para hacer y padecer todas las cosas con grandísima alegría.

En el Prado espiritual que compuso Juan Evirato, ó segun otros san Sofronio, patriarca de Jerusalem, y fue aprobado en el segundo concilio Niceno, se cuenta que un monje tenía su celda léjos del agua como doce millas; y una vez de las que fué por agua, desfalleció en el camino muy cansado. Viéndose pues tan fatigado, dijo entre sí: ¿Qué necesidad hay de que pase tanto trabajo? Yo me quiero ir á vivir junto al agua, y hacer allí mi celda. Otra vez yendo por agua con su cántaro, iba echando sus trazas dónde estaria bien la celda, y cómo la edificaria, y la vida que en ella habia de vivir. En esto oyó tras de sí una voz como de hombre que decia, uno, dos, tres, etc. Volvió la cabeza admirado de que en aquella soledad hubiese quien midiese ó contase alguna distancia, ú otra cosa, y no vió á nadie. Volvió á continuar su camino, y á pensar en su traza, y vuelve á oír la misma voz que decia, uno, dos, tres, etc. Él volvió segunda vez la cabeza, y tampoco

vió nada. Á la tercera vez acaecióle lo mismo, y volviendo la cabeza, vió un mancebo muy hermoso y resplandeciente que le dijo: No te turbes, que yo soy el Ángel de Dios, y vengo contándote los pasos que das en este camino, para que ninguno de ellos quede sin premio y galardón; y en diciendo esto, desapareció. El monje viendo esto volvió en sí, y dijo: ¿Pues cómo tan sin juicio soy yo, que quiera perder tanto bien y tanta ganancia? Determinóse luego de mudar su celda aun mas léjos de lo que la tenía, para así tener mas trabajo y cansancio.

Cuéntase en las vidas de los Padres, p. 3, fól. 237, de un monje viejo que vivia en la Tebaida, el cual tenía un discípulo que habia probado bien. Acostumbraba el santo viejo hacerle todas las noches una exhortación, y despues de haber tenido oración, enviábale á acostar. Aconteció que un día vinieron á visitar al monje algunos seglares, movidos con la fama de su mucha abstinencia; y habiéndose despedido ya tarde, púsose á hacer su exhortación como solia, y fue tan larga, que el sueño le cargó, y se durmió el santo viejo: el buen discípulo aguardaba que despertase para que hicieran oración, y le enviara; pero como no despertase, comenzáronle á fatigar pensamientos de impaciencia, que le instaban á que se fuese á dormir: resistió una vez: acudieron otras y otras, hasta siete veces, y á todas resistió

con grande constancia. Siendo pues ya la media noche, despertó el santo viejo, y hallándole sentado donde le habia dejado cuando comenzó la plática, díjole: ¿Por qué, hijo, no me despertaste? Respondió, que por no darle pena. Rezaron sus maitines, y acabados echóle su bendición, y envióle á dormir; y poniéndose el viejo en oración fue arrebatado en espíritu, y mostróle un Ángel un lugar muy hermoso y glorioso, y una silla resplandeciente en él, y encima de la silla siete coronas riquísimas. Preguntóle el viejo: ¿De quién son estas coronas? Respondió: De tu discípulo; y el lugar y asiento que el Señor le ha dado, es por la vida que hace, y estas coronas anoche las mereció. Venida la mañana, preguntó el monje al discípulo, ¿qué le habia pasado la noche, cuando le guardó el sueño? Y el buen discípulo contóle todo lo que le habia pasado, y como habia resistido siete veces á los pensamientos de que no le aguardase. Por donde conoció el viejo habia ganado por aquello las siete coronas.

Del bienaventurado san Francisco se cuenta (1), que encontrándole una vez un su hermano carnal en medio del invierno, viéndole desarropado y casi desnudo, muerto y tiritando de frio, le envió á decir por burla y escarnio, que si le queria vender una gota de sudor. Respondió el Santo con mu-

(1) Part. 2, lib. 1, cap. 51 de la Crónica de san Francisco.

cha alegría: Decid á mi hermano que ya lo tengo todo vendido á mí Dios y Señor, y por muy grande precio. Otra vez, despues de algunos años, como fuese fatigado de muy graves y continuos dolores, y fuera de eso de nuevas y molestas tentaciones del demonio, y tanto, que ya no parecia que habia fuerzas humanas que lo pudiesen llevar, oyó una voz del cielo que le dijo que se alegrase, porque por aquellos trabajos y tribulaciones habia de alcanzar en el cielo un tesoro tan grande, que aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en margaritas y perlas preciosísimas, y todas las aguas en bálsamo, no tenia comparación ninguna con el premio y galardón que por ello le habian de dar: con lo cual se alivió y recreó tanto el Santo, que ya no sentia los dolores; y haciendo llamar luego á sus religiosos, con grande gozo les contó el consuelo que Dios le habia enviado del cielo.

CAPÍTULO XXII.

De otro medio que nos ayudará y hará fácil este ejercicio de la mortificación, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho á este ejercicio de la mortificación, es el ejemplo de Cristo nuestro Reden-

tor y Maestro. Y así el apóstol san Pablo, ad Hebr. XII, v. 1, nos le pone delante para animarnos á esto: *Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consummatorum Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta*: Armados de paciencia corramos al combate que nos aguarda, mirando á Jesucristo autor y consumador de la fe, el cual poniendo ante sus ojos el gozo de nuestra redención, sufrió la cruz, y no hizo caso de la confusión y abatimiento del mundo. *Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem: ut ne fatigemini animis vestris deficientes* (vers. 3): Pensad una y otra vez en aquel que contra sí mismo sufrió tal contradicción de los pecadores, para que no os fatigéis, desfalleciendo en vuestros corazones: *Non dum enim usque ad sanguinem resististis adversus peccatum repugnantes* (vers. 4): Que aun no habeis resistido ni peleado contra el pecado hasta derramar sangre, como él la derramó por vos. Cuenta la sagrada Escritura, *Exod. xv, v. 23*, que cuando los hijos de Israel andaban por el desierto, y encontraron con aquellas aguas de Mara, que eran tan amargas, que no las podían beber, hizo Moisés oración á Dios, y mostróle un madero, el cual echado sobre las aguas, las hizo dulces y sabrosas. Por este madero, dicen los Santos, que es significado el madero de la cruz.

Cuando se os hiciere amargo y pesado el trabajo de la mortificación, echad ahí este sagrado madero, acordaos de la cruz y pasión de Cristo, de sus azotes y espinas, de aquella hiel y vinagre que le dieron por refrigerio, y luego se os hará dulce y sabroso.

En las Crónicas de la Orden de san Francisco se cuenta, 2 p. l. 4, c. 10, que entró en la Orden un hombre muy rico, honrado y criado en regalos, y luego que el tentador vió la mudanza de su vida, le acometió representándole la aspereza de la Orden; porque como en lugar de los manjares, vestidos y cama blanda que en el mundo usaba, halló tablas, túnica gruesa, paja por cama, estrecha pobreza en lugar de riqueza, sentíalo mucho. Y como el demonio le representase la dureza de estas cosas, apretábase con que las dejase, y se volviese al siglo. Llegó á términos la tentación, que determinó salirse de la Orden: y estando en esta resolución, pasó por el Capítulo, y puesto de rodillas delante de la imagen del Señor crucificado, se encomendó á su misericordia, y quedando fuera de sí, fue elevado en espíritu, y aparecióle nuestro Señor y su gloriosa Madre, y preguntáronle que por qué se iba. Él con mucha reverencia respondió: Señor, yo me crié en el mundo en mucho regalo, y así no puedo sufrir la aspereza de esta Religión, especialmente en el comer y vestir. El Señor, levantando el bra-

zo derecho, mostróle la llaga de su costado, corriendo sangre, y díjole: Extiende el brazo, y pon aquí tu mano, y úntala con la sangre de mi costado, y cuando te viniere á la memoria algun rigor ó aspereza, mójala con esta sangre, y todo, por dificultoso que sea, se te hará fácil y suave. Y haciendo el novicio lo que el Señor le mandó, á cualquier tentación que le venía, traía á su memoria la pasión de Cristo, y luego se le convertía todo en gran suavidad y dulzura. ¿Qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios coronado de espinas y clavado en una cruz por su amor? ¿Qué no sufrirá y padecerá por sus pecados el que ve padecer tanto por los ajenos al Señor de la magstad.

Este medio del ejemplo de Cristo nuestro Redentor, y deseo de imitarle, usaban mucho los Santos; porque fuera de ser muy eficaz para animarnos á mortificar y padecer, es un medio de grande perfección, y que hace subir mucho de quilate las obras, porque nacen de grande amor de Dios. Y así leemos de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, lib. 1, cap. 3 de su vida, que al principio de su conversión hacia grandes mortificaciones y penitencias, teniendo ojo á sus pecados, y á satisfacer por ellos. Pero despues iba subiendo mas, y afiigia su cuerpo con asperezas y castigos, no tanto mirando á sus pecados, quanto al ejemplo de Cris-

to y de los Santos. Miraban los Santos que Cristo nuestro Señor habia ido por este camino, y habia abrazado los trabajos y la cruz con tanto amor y deseo, que no veía ya la hora en que habia de dar su sangre y vida por nosotros: y como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así ellos venían con esto á tener una grande sed de padecer martirios y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos; y como no se les cumplía este deseo, encrucelábanse contra sí mismos, y hacían de sí verdugos contra sí, y martirizaban sus cuerpos, afligiéndolos con penitencias y trabajos, y mortificando y quebrantando sus voluntades y apetitos, y de esta manera descansaban algun tanto; porque se les cumplía en algo su deseo, imitando en quanto podían á Cristo nuestro Redentor. Esto es lo que dice el apóstol san Pablo, II ad Cor. iv, v. 10: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris*: Andémonos siempre mortificando y maltratando para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos. Ha de ser tal el tratamiento y mortificación de nuestros cuerpos, que represente la vida de Jesucristo, y se parezca á ella. Dice san Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum*: No conviene ni dice bien que estando la cabeza llena de espinas, los miembros se hagan delicados y regala-

dos, sino que se mortifiquen y crucifiquen su carne, para conformarse con su cabeza.

Muchos otros medios podíamos traer para esto; porque todos los que los Santos dan, y todas las razones que traen para exhortarnos á hacer penitencia, pueden servir para animarnos á este ejercicio de mortificación. Sobre aquellas palabras del Apóstol, ad Rom. VIII, v. 18: *Non sunt condignæ passionibus hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis*; dice el glorioso san Bernardo: No igualan, ni tienen que ver las pasiones y tribulaciones de este siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tenemos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios. Cualquiera de estas cosas bien ponderada bastará para animarnos mucho á este ejercicio.

CAPÍTULO XXIII.

De tres grados de mortificación.

Por conclusion y remate de este tratado declararemos brevemente tres grados de mortificación que pone san Bernardo, serm. 7 Quadrage., para que por ellos, como por escalones, vayamos subiendo á la perfección. El primero es el que nos enseña el apóstol san Pedro en su primera Canónica, c. II, v. 11: *Charissimi, obsecro vos, tanquam advenas, et peregrinos abstinere vos à carnalibus desiderijs, quæ mi-*

litant adversus animam: Hermanos míos, ruégooos que vivais como advenedizos y peregrinos sobre la tierra, y que como tales os abstengais de los deseos y apetitos de la carne que pelean contra el espíritu. Todos somos peregrinos en este mundo, que caminamos á nuestra patria celestial, como dice el apóstol san Pablo, ad Hebr. XIII, v. 14: *Non enim habemus hic civitatem permanentem, sed futuram inquiremus, et dum sumus in corpore, peregrinamur à Domino*. II ad Cor. V, v. 6. Pues hayámonos como peregrinos. El peregrino, dice san Bernardo, va su camino derecho, y procura excusar todos los rodeos que puede; y si ve en el camino á unos que están riñendo, y á otros que están en fiestas, bodas y regocijos, no atiende á eso, ni se cura de ello, sino pasa adelante su camino derecho, porque es peregrino, y no le tocan á él aquellas cosas, ni tiene que ver con ellas: todo su hipo y negocio es suspirar por su tierra, y procurar de acercarse y llegar á ella; y así contento con un vestido ligero y con una comida que baste para pasar su camino, no quiere ir cargado de otras cosas no necesarias para poder mejor caminar. Pues de esta manera habemos de procurar habernos nosotros en esta nuestra peregrinación: habemos de tomar las cosas de este mundo como de paso; al fin, como peregrinos y viandantes que somos, no tomando mas de lo necesario para poder pasar nuestro camino: *Haben-*

tes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus, I ad Tim. VI, v. 8, como dice san Pablo: Ahorrémonos y descarguémonos de todo lo que no nos es muy necesario, para que así ligeros podamos mejor caminar, suspiremos por nuestra patria, y sintamos nuestro destierro. *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* Psalm. CXIX, v. 5. ¡Ay de mí, cómo se me alarga este destierro! Dichoso y bienaventurado, dice san Bernardo, el que se tiene y trata como peregrino sobre la tierra, y conoce y llora su destierro, diciendo con el Profeta, Psalm. XXXVIII, v. 13: *Quoniam advena ego sum apud te, et peregrinus sicut omnes patres mei*: Oid, Señor, mis suspiros, lágrimas y gemidos, porque yo también soy advenedizo y peregrino sobre la tierra, como lo fueron mis padres y antepasados.

Muy bueno es este grado, y no harémos poco si llegamos á él; pero otro hay mas alto y de mayor perfección, dice el Santo; porque el peregrino, aunque no se junta con los vecinos y moradores de los pueblos, pero algunas veces se huelga de ver y oír lo que pasa por el camino, y de contarle á otros, y con estas cosillas, aunque no pierde del todo su camino, empero todavía se detiene y tarda mas en llegar; y aun tanto se podría detener y deleitar en esas cosas, que no solo le fuese causa de llegar mas tarde á su tierra, pero aun de nunca llegar. Pues ¿quién está mas ajeno, y mas libre y apartado

de las cosas de este siglo que el peregrino? ¿Sabeis quién? El que está muerto: porque el peregrino aunque no sea sino en pedir y buscar lo necesario para su camino, y en ir cargado con ello, se puede ocupar y detener mas de lo que convendría; pero el muerto, aunque le falte la sepultura, no lo siente. El muerto de la misma manera oye á los que le vituperan, y á los que le alaban, á los que le lisonjean, y á los que murmuran de él: antes á ninguno oye, porque está muerto. Pues este es el segundo grado de mortificación, mas alto y mas perfecto que el pasado, el cual pone san Pedro, ad Colos. III, v. 3: *Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*: No nos habemos de contentar con habernos como peregrinos en esta tierra, sino procurar de habernos como muertos. ¿Cómo ha de ser eso? ¿Sabeis cómo? dice el doctor Lansperg.: Mirad las condiciones del muerto: *Hic non videt, non loquitur, non sentit, non audit, non inflatur, non irascitur*: La señal de estar uno muerto es no ver, ni responder, no sentir, no quejarse, no ensoberbecerse, no enojarse. Pues si vos teneis ojos para ver y juzgar lo que hacen los otros, y aun por ventura el superior, no estais muerto; si teneis respuestas y excusas para lo que os ordena la obediencia; si mostrais sentimiento cuando os dicen vuestras faltas, y os reprenden; si os sentís y os re-sentís cuando os humillan, y no

hacen caso de vós, no estais muerto, sino muy vivo en vuestras pasiones, y en vuestra honra y estimacion; porque el muerto, aunque le pisen y le desprecien, y no hagan caso de él, no lo siente. ¡Oh dichoso, dice san Bernardo, y bienaventurado aquel que está de esta manera muerto! Porque esta muerte verdaderamente es vida, pues nos conserva sin mancilla en este siglo, y aun nos hace del todo ajenos de él.

Magnus omnino gradus est iste; at fortasse poterit aliquis adhuc superius inveniri: Grande es por cierto este grado y de mucha perfeccion; empero ¿por ventura podrémos hallar otra cosa mas alta y mas perfecta? Pero ¿á dónde la habemos de ir á buscar? ¿y en quién la podrémos hallar sino en aquel que fue arrebatado al tercero cielo? Porque si me dais otro tercero grado mas alto y mas perfecto, ese, dice san Bernardo, bien lo podeis llamar tercero cielo. Pues ¿puede haber mas que morir? Sí, mas hay que morir. *Humiliavit semetipsum Dominus noster Jesus Christus usque ad mortem.* Ad Philip. II, v. 8. Humillóse y abatióse Nuestro Señor Jesucristo hasta la muerte. ¿Hay mas que esto? Sí, añade san Pablo, y añádelo la Iglesia, la segunda noche de las tinieblas: *Mortem autem crucis:* Morir crucificado, eso es mas que morir simplemente; porque la muerte de cruz era un género de muerte el mas ignominioso y afrentoso que entonces habia. Pues

ese es el tercero grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado, y así con razon le podemos llamar el tercero cielo, al cual tambien fue arrebatado el apóstol san Pablo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Ad Galat. VI, v. 14. No solo dice que estaba muerto al mundo, sino que estaba crucificado al mundo, y que el mundo era cruz para él, y él para el mundo. Quiere decir: Todo lo que el mundo ama, los deleites de la carne, las honras, las riquezas, las vanas alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco; y aquello que el mundo tiene por cruz, por tormento y deshonra, en eso tengo yo enclavado y fijado mi corazon, eso es lo que yo amo y abrazo. Eso es estar crucificado al mundo, y el mundo á mí, y que el mundo me sea á mí cruz, y yo á él. Mas alto y mas perfecto grado es este que el primero y segundo, dice san Bernardo; porque el peregrino aunque pasa y no se detiene mucho en las cosas que ve, pero al fin las ve, y se detiene algo en eso: el muerto, que es el segundo grado, igualmente lleva lo próspero y lo adverso, las honras y las deshonras, y no hace diferencia de lo uno á lo otro; pero este tercero grado pasa mas adelante, y no se ha igualmente en eso; porque no solo no siente la honra y estimacion como el muerto, sino que le es cruz y tormento el ser tenido y estimado,

y como tal lo aborrece. No solo no siente las deshonras y menosprecios, sino que eso es su gloria y su contento: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Ad Galat. VI, v. 14. Nunca Dios quiera que yo me glorie en otra cosa, sino en la cruz de Cristo, por amor del cual todo lo que el mundo ama me es á mí cruz, y todo lo que el mundo tiene por cruz me es á mí gloria y contento grande. *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* I ad Cor. VII, v. 4. Lleno estoy, dice, de consolacion, báñome en gozo y regocijo en padecer tribulaciones, persecuciones y afrentas por Cristo. Pues este es el tercero grado de mortificacion, que con mucha razon llama san Bernardo el tercero cielo, por su grande perfeccion. Y aunque él lo dice debajo de esta metáfora, pero es doctrina comun de los Doctores y Santos que en esto que nosotros entendemos por el tercero cielo está la perfeccion de la mortificacion, porque esa es la señal que ponen los filósofos de haber uno alcanzado la perfeccion de cualquier virtud, cuando obra los actos de ella con gusto y delectacion, como dirémos despues, trat. 3, c. 16. Y así si quereis saber si vais aprovechando en la mortificacion, si habeis alcanzado la perfeccion de ella, mirad si os holgais cuando os quiebran vuestra voluntad, y os

niegan lo que pedís: mirad si os holgais cuando os desprecian y tienen en poco, y si recibís pena cuando os honran y estiman, y hacen mucho caso de vos: *Pensemus ergo singuli, in quo gradu quisque sit positus, et studeamus proficere de die in diem, quoniam de virtute in virtutem, videbitur Deus Deorum in Sion:* Psalm. LXXXIII, v. 8. Pues entre cada uno dentro de sí, dice san Bernardo, y mire y examine con atencion á qué grado de estos ha llegado; y no paremos ni descansemos hasta llegar y arribar á este tercero cielo, que es lo que dijo el Señor á san Francisco: Si me deseas, toma las cosas amargas por dulces, y las dulces por amargas.

Cuenta Cesario, l. 8 Dialog. c. 16, que en un monasterio de su Orden del Cister, un religioso lego, llamado Rodulfo, gran siervo de Dios, y que tenia muchas revelaciones, quedándose una noche despues de maitines en oracion en la iglesia, vió á Cristo nuestro Redentor crucificado, y juntamente con él vió á quince religiosos de su Religion, cada uno tambien en su cruz, acompañando á Cristo nuestro Redentor: que aunque era de noche, era tanta la claridad y resplandor que resultaba de la presencia de Cristo, que los podia ver muy claramente, y los conoció muy bien, que aun vivian todos: y dice que los cinco eran legos, y los diez monjes. Estando él espantado de tan admirable vision, hablóle Cristo desde la

cruz : Rodolfo, ¿conoces quiénes son estos que ves crucificados cerca de mí? Respondió él : Señor, bien conozco quiénes son, pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo. Entonces díjole el Señor : Estos solos de toda esta Religión son los que están crucificados conmigo, conformando su vida con mi pasión.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA MODESTIA Y SILENCIO.

CAPÍTULO I.

Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prójimos.

La modestia de que ahora habemos de tratar consiste en que sea tal la composicion del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversacion, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificacion en todos los que nos vieren y trataren. En esto comprende san Agustin todo lo que hay que decir de la modestia : *In omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cujusquam offendat aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem.* Agust. in regul. No es mi intento descender á tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que seria inmodestia. Bastará ahora esta regla general del glorioso san Agustin,

que es comun de los Santos y maestros de la vida espiritual. Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados, que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro exterior humildad, y juntamente gravedad y madurez religiosa, y de esa manera guardaréis la modestia que conviene. Solamente pretendo declarar aquí cuán necesaria sea esta modestia, especialmente á aquellos, cuyo fin é instituto es, no solamente atender á la salvacion y perfeccion de sus propias ánimas, sino tambien á las de los prójimos.

Cuanto á lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con el exterior religioso y edificativo; porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo exterior, y eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica mas que el

ruido y estruendo de las palabras. Y así se cuenta del bienaventurado san Francisco, que dijo una vez á su compañero : Vamos á predicar; y sale, y da una vuelta á la ciudad, y vuélvese á casa. Dícele el compañero : ¿Pues, Padre, no predicamos? Ya, dice, habemos predicado. Aquella composicion y modestia con que iban por las calles fue muy buen sermón : esa mueve á devocion á la gente y á menosprecio del mundo, y á compungirse de sus pecados, y á levantar su corazón y deseo á las cosas de la otra vida : ese es sermón de obras, que es mas eficaz que el de palabras.

Lo segundo, esta modestia y buena composicion exterior sirve y ayuda mucho para nuestro propio aprovechamiento espiritual, como dirémos despues mas largamente; porque es tan grande la union y liga que hay entre el cuerpo y el espíritu, entre el hombre exterior y el interior, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro. Y así, si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo : y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego el espíritu tambien se descompone é inquieta. Y de aquí es que la modestia y composicion exterior es grande argumento y señal del recogimiento interior, y de la virtud y aprovechamiento espiritual que hay allá dentro, como la mano del reloj del movimiento y concierto de las ruedas.

Con esto se declara mas lo primero; porque esta es la causa de edificarse tanto los hombres de la modestia y composicion exterior; porque por ahí entienden y conciben la virtud interior que hay en el alma, y por eso la estiman y tienen en mucho. Dice san Jerónimo (1) : *Speculum mentis est facies, et taciti oculi, mentis fatentur arcana* : El rostro es un espejo del alma, y los ojos modestos, ó descompuestos y desasosegados, descubren luego lo íntimo del corazón. Y es sentencia del Espíritu Santo : *Quomodo in aquis resplendet vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus.* Prov. xxvii, v. 19. Así como en el agua clara resplandece el rostro de los que se miran en ella; así el varón prudente conoce los corazones de los hombres por la muestra de lo exterior que ve en ellas. No hay espejo en que así se vea uno, como se ve la virtud y asiento interior en esto exterior : *Ex visu cognoscitur vir, et ob occursum faciei cognoscitur sensatus; amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo.* Eccli. xix, v. 26. En el pestañear de los ojos se conoce quién es cada uno, dice el Sábio; la vestidura del hombre, la manera de cubrirse, de reirse, y de andar, descubren luego lo que es. Y poniendo las señas del hombre apóstata, dice : *Homo apostata, vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede,*

(1) Hieronym. epistol. ad Furiam vi-
duam.